

LA AURORA

Año I

San José de Costa Rica, A. C., martes 14 de febrero de 1905

Nº 77

SUMARIO

El Liceo y el Municipio.....	R. B. M.
Una campaña clerical.....	R. B. M.
Almas solitarias.....	J. F. B.
Los anónimos.....	M.
Prejuicios.....	R. T. L.
Buenos empleados.....	J.
Miscelánea.....	
Cables.....	

Gerente: ROBERTO BRENES MESÉN

EL LICEO Y EL MUNICIPIO

En efecto, puesto el Liceo en poder del Municipio llegaríamos a adquirir diversas ventajas.

Tendríamos en primer término el primer paso dado hacia la descentralización de la Enseñanza; y si bien los gastos, durante algún tiempo más, correrían en gran parte a cargo del Estado, este descansaría de la Administración. En segundo lugar la organización hecha por la Municipalidad sería el principio de una escuela de educación política, porque los padres de familia, bien interesados en la educación de sus hijos se preocuparían por hacer buenas elecciones municipales.

Además la Enseñanza Secundaria dejada a la iniciativa particular requiere una educación previa: el pago. El Municipio podría comenzar a darla exigiendo el pago de la matrícula—cualesquiera que sean los derechos—por cuotas mensuales que acostumbrarían a los padres a sentir sobre sus hombros la carga. Después de algún tiempo la Enseñanza Secundaria podría pasar sin tropiezo, ni peligro de agonía, a manos de los particulares.

Puede objetarse que la esterilidad del Liceo estaría amenazada por la inestabilidad de los Municipios. Este mal podría tener dos remedios. O se legisla en el sentido de dar mayor estabilidad al Municipio prolongando su período o simplemente estatuyendo que la renovación se haría por mitades. El otro remedio se hallaría instituyendo un Consejo Superior de Instrucción Pública, duradero, cuyas resoluciones serían acatadas en la misma forma, ó otra semejante, que lo son las de las Juntas Escolares. El peligro se conjuraría de ese modo.

No sería extraño que se arguyera el recargo de trabajo que entonces tendría el Municipio. Pero esto es una consecuencia necesaria de un régimen político tendente a la descentralización: el Estado se descarga en el Mu-

nicipio y este en las comisiones ó juntas especiales ó en los individuos. Quien ama la libertad y la independencia quiere las cargas que á él le corresponden y que antes eran del resorte del Estado ó del Municipio.

ROBERTO BRENES MESÉN.

UNA CAMPAÑA CLERICAL

El Honorable Municipio de Heredia en sesiones del lunes 6 de los corrientes tuvo á bien honrarme, votando un acuerdo en que me nombraba Director del Colegio de San Agustín. Al día siguiente no más los clérigos estaban en campaña contra mí. Mal puede parecerme extraño el hecho, y si desde entonces permanecí en silencio se debió á que juzgué que me combatirían con armas leales, desde su punto de vista religioso, en lo cual estarían en su derecho.

Se engañan quienes hacen circular la especie de que iría á hacer campaña anticlerical. Jamás la hice desde la cátedra, porque tengo en una alta estimación el ramo que enseño y la profesión misma.

Todo mi empeño ha estado en hacer razonar sobre todas las cuestiones á mis alumnos. La razón es el enemigo mortal de todas las mentiras. ¿Es esto un crimen?

Pero supóngase que por un extravío de mi conciencia de profesor intentáse una campaña anticlerical.—¿Qué pueden temer los sacerdotes en Heredia, donde la piedad religiosa es tan profunda y tan extensa? ¿Qué podrían allí mis fuerzas? La ardorosa actividad y la amargura del encono que han puesto en perseguir mi nombre son dignas de un adversario de más entidad que yo.

Los sacerdotes no deben temerme. Tienen el pueblo por suyo y son sus verdades divinas, yo sólo poseo unas cuantas verdades humanas. ¿Cómo podría triunfar? O es que no están seguros de la fuerza de sus verdades?

Amo mi cátedra y no la mancillaré jamás; pero supuesto el caso de que encoguido por una pasión malsana, la convirtiera en tribuna de sectario, ¿qué podrían temer, cuando los sacerdotes tienen el púlpito, el confesionario, el salón de catecismo, las visitas particulares y todos los otros medios que el talento inventa?

Ese temor es infundado. Nada haría. Que no se enciendan las luchas religiosas en este país, porque llegaríamos á los más grandes escándalos. La vida

de muchos ministros de la iglesia es una arma potente en nuestras manos. Que haya paz, ó se me tendrá que oír.

R. BRENES MESÉN.

GRAMÁTICA HISTÓRICA Y LÓGICA

DE LA

Lengua Castellana

POR

ROBERTO BRENES MESÉN

De venta en la Librería de don Antonio Lehmann

Un volumen de más de 450 páginas.

Almas solitarias

—Como se entristece el alma cuando el amor no es correspondido!

Así hablaba una simpática mujer quejándose del desvío de su esposo, que le huía, seguro de no encontrar en ella lo que le hacía falta.

Oscar era un joven muy estudioso, había leído con atención las literaturas extranjeras y sentía en su pecho toda la tristeza de las novelas rusas y todas las sombras de Schopenhauer y Nietzsche.

Se consideraba solo en el mundo. No sentía afecto hacia su familia, deseaba dejar de ser una parte de ella para constituir el total de su yo.

Decía: "Quiero ser yo mismo" y buscaba el medio de serlo. Sabía lo que era preciso hacer pero no podía, no tenía fuerza, energía para realizar esa obra. Esta conciencia de su impotencia constituía para él un suplicio enorme.

Necesitaba alguien que lo animara, pero ese alguien... no venía! Nadie sabía comprenderlo, todos le creían loco.

Estaba unido á Eugenia, una mujer encantadora y, sin embargo, se apartaba de ella. Eugenia no comprendía sus pensamientos. ¡Ella creía en todo y él en nada!

Oscar vivía solo, apartado de la sociedad donde todo es interés porque el hombre no puede, jamás, ser desinteresado.

Se había enamorado del protagonista del drama "Almas Solitarias" de Gerhart Hauptman y como Johannes Vockerat, era una alma solitaria.

II

Le faltaba una persona en la cual pudiera ver fotografiarse sus pensamientos, una alma que no lo creyera loco, una mujer que, en medio de las preocupaciones sociales, cultivara sus ideas avanzadas despreciando el qué dirán y que tuviera la inteligencia de disimular sus creencias entre la cultura de sus relaciones.

Y la encontró en Elvira, una rubia de diez y ocho años. Había nacido en Cartago y tenía en sus ojos toda la luz del ciclo costarricense y en su cabellera los resplandores del sol tropical.

Sus mejillas eran rosadas, la boca pequeña y la barba un poco salida, la nariz era perfilada. Miraba siempre hacia el suelo, tres pasos adelante de ella y cuando algo llamaba su atención, levantaba los ojos, poco á poco, hasta mirar de frente, como siguiendo con la vista algo que subía. Su talle se balanceaba graciosamente sobre dos caderas soberbias.

Su educación había sido esmerada y tenía las ideas de autores á la lectura de los cuales se había dedicado.

Deseando vivir en San José, vino á esta ciudad y habitaba la casa de su prima Eugenia, donde tuvo lugar de conocer á Oscar. Las altas ideas de aquel hombre y los buenos sentimientos que dejaba adivinar, le llamaron la atención.

Esos dos cerebros sintiendo juntos y pensando juntos llegaron á unirse por un amor intelectual.

Ella se quejaba de la sociedad que les miraba de reojo porque sus familias no eran de origen noble y él la decía:

—Elvira, en Costa Rica no hay nobleza, derivamos de aventureros españoles que nunca fueron nobles. Los hombres de aquí se apegan del pasado y viven parasitadamente en el tronco de las antiguallas, en la nobleza, en la genealogía, como si eso valiera!

—Pero Oscar, porqué no sienten todos los hombres el placer que experimentamos al sustentar ideas nuevas?

—Elvira, es que miran hacia atrás y el que mira hacia atrás se vuelve estatua de sal, no puede avanzar. . . . Tienen miedo á todo y ese miedo les hace desgraciados. El miedo al pasado establece la rutina y el miedo al porvenir establece los dioses

—Dios! . . . crió al hombre para que se incline ante él y le adore. Dios estaba solo en el mundo y le pesaba su soledad y... quería ejercer alguna soberanía. . . .

—Tienes razón. . . . La religión es más que amor y esperanza, puestos al interés. . . . Creen en la gratitud del Dios á quien ofrecen tributos.

—Triste situación la de esos infelices. Hacen caridad por la satisfacción egoísta de poder prestar un servicio á otro y. . .

—No hay gratitud posible como no sea la igualación del favorecido con el favorecedor. . . .

Todas estas conversaciones, en las que expresaban pensamientos de las obras que habían leído, eran lazos nuevos que unían sus inteligencias.

III

Eugenia se entristecía, lloraba al ver las atenciones que su esposo dedicaba á su prima. Aborrecía á Elvira porque le había arrebatado el amor de su Oscar.

La pobre sufría. En su pecho libraban combates rudos el amor á su marido y el odio á Elvira.

Lo mismo padecía la madre de Oscar. Los afectos filiales habían muerto, el hijo ya no buscaba en su regazo el calor maternal, la posponía á aquella niña loca, como llamaban á Elvira.

Viendo sus continuos sufrimientos, ambas llamaron á Elvira y la suplicaron que hi-